Paternalismo libertario: una hipérbole de la tecnocracia

Miguel Alberto Zapata Clavería

El tema de los expertos ha adquirido en los años recientes una renovada fuerza en los ámbitos de la Filosofía de la Tecnología y los estudios Sociales de la Ciencia y la Tecnología. La persistencia en el abordaje de esta cuestión en la literatura de la última década no hace más que reactualizar la reflexión platónica sobre la función que deberían cumplir los ciudadanos más sabios en una comunidad bien gobernada. Los argumentos de carácter epistémico con los que Platón defiende la conveniencia de que sea una élite con conocimientos la encargada de dirigir los asuntos de la ciudad inauguran un discurso político en conflicto con las ideas democráticas, también de origen ateniense, defensoras de una toma de decisiones basadas en la deliberación pública. La alternativa platónica justifica un gobierno de sabios o expertos basándose en la idea de que las mejores decisiones no las puede tomar una mayoría preponderantemente ignorante, sino una minoría cualificada que tiene mejores conocimientos para resolver los problemas. Frente a esta propuesta de justificación epistémica de la toma de decisiones, la vía democrática se acoge a una idea de legitimidad política según la cual se concibe que es más importante el carácter democrático y mayoritario de la decisión que su calidad. Desde entonces, las dos alternativas han ido trenzando gran parte de la historia del pensamiento político.

La vía platónica se fortaleció con el desarrollo de la ciencia moderna y originó el sueño tecnocrático saint-simoniano de una sociedad que pudiera prescindir de la política al hacer frente a los problemas aplicando exclusivamente soluciones técnicas. Sin embargo, la culminación del pensamiento tecnocrático no corresponde a la utopía de una sociedad cientifizada, apolítica e ilustrada de Saint-Simon, sino que se comienza a gestar con propuestas conductistas como la defendida por Skinner. Para éste, la mejor organización de la sociedad pasa por modificar las conductas de los individuos aplicando métodos científicos. Esta “política” conductista, llevando a cabo un trabajo de ingeniería social, sería capaz de condicionar las conductas de los individuos y lograría hacerles tomar decisiones que redundarían en su propio beneficio.

Actualmente, Cass Sustein ha retomado la propuesta conductista de Skinner y ha desarrollado una

teoría a la que denomina paternalismo libertario. Esta noción hace referencia a una situación de control a manos de expertos que tienen la capacidad modificar los distintos factores que condicionan las decisiones de los individuos sin perjudicar la capacidad de estos para elegir libremente el curso de acción que tomarán. Para Sustein, el paternalismo libertario tiene la ventaja de aunar las virtudes centrales de dos modelos que normalmente se han considerado antagónicos. Por un lado, admite el ideal paternalista fundamentado en la convicción de que hay agentes expertos conocedores de lo que conviene a una mayoría que suele dirigir sus conductas de manera irracional, equivocada e infligiéndose autoperjuicio. Por otro, asume el ideal libertario que propugna la libertad de acción y decisión de los individuos. La imbricación de estas dos características aparentemente contradictorias da pie a Sunstein a manifestar que la noción de paternalismo libertario no es, como pudiera parecer, un oxímoron.

El artículo analizará el ideal paternalista libertario de Sunstein y ofrecerá argumentos críticos para hacer frente a la idea que el autor expresa respecto a las supuestas virtudes del paternalismo y el libertarismo. Se concluirá que la libertad del libertarismo y la ventaja epistémica del paternalismo no son virtudes, sino defectos que hacen del paternalismo libertario una propuesta nociva por 1) obstaculizar la democratización del ámbito científico, 2) reducir la idea de libertad a sus aspectos libertarios, es decir, comprenderla como mera libertad de acción desvinculada de una noción de autonomía y de una mejora epistémica del individuo que toma las decisiones, 3) defender una visión elitista y tecnocrática que deja sin explicar cómo pueden los expertos, conocedores de los medios técnicos, saber también cuáles son los mejores fines que han de alcanzar la mayoría de individuos en una sociedad; y 4) establecer, si no un oxímoron, sí una hipérbole de la tecnocracia; pues mantiene un ideal de dirección a manos de una minoría de técnicos y expertos en conducta social, pero encubre su control tras el velo de una falsa conciencia de libertad de los individuos que toman las decisiones.